

www.elboomeran.com

Philippe Pozzo di Borgo

# Intocable

El nuevo aliento  
seguido de  
El demonio de la guarda

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Le second souffle  
© Bayard Éditions  
Montrouge, 2011

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* cartel de la película dirigida por Éric Toledano y Olivier Nakache  
y distribuida por A Contracorriente Films

*Primera edición: marzo 2012*

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2012  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7833-2  
Depósito Legal: B. 4047-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A mis hijos,  
«para que la obra continúe»*

## PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

Olivier Nakache y Éric Toledano, los realizadores de la película *Intocable*, se ponen en contacto conmigo un día de enero de 2010. Hace ya algunos años habían visto un documental de una hora, realizado por Jean-Pierre Devillers para Mireille Dumas. *À la vie, à la mort*, 2002, narra el encuentro inverosímil del tetrapléjico rico que soy yo con el joven magrebí de arrabal Abdel. Contra todo pronóstico, los dos van a prestarse ayuda mutua durante años. Esta historia interesa a los dos cineastas.

Mi mujer, Khadija, y yo les recibimos en nuestra residencia de Esauira, junto con los actores previstos: Omar Sy y François Cluzet.

Nos vimos en numerosas ocasiones y yo seguí con fruición la elaboración de su guión.

Mi primer libro, *Le second souffle* (Bayard Éditions, 2001), hoy día agotado, había obtenido cierto éxito de crítica. Frédéric Boyer, el director editorial de Éditions Bayard, me propone reeditarlo con motivo del estreno de la película *Intocable*, actualizado por un nuevo prólogo, y completarlo con un texto inédito.

*El demonio de la guarda* prolonga, pues, la historia de *Le second souffle* (que concluye en 1998) hasta mi encuentro con Khadija en Marruecos, en 2004; este período se corresponde con el guión de *Intocable*. Las exigencias del largometraje y la imaginación de sus realizadores les indujeron a simplificar, modificar, podar o inventar gran número de situaciones.

Los dos somos «intocables» por varias razones. Abdel, de origen magrebí, se sintió marginado en Francia; al igual que a la casta de los intocables en la India, no se le puede «tocar», so pena de recibir un golpe, y corre tan rápido que los «maderos» —por utilizar su expresión— sólo una vez consiguieron acorralarle en su larga carrera de mal chico.

En cuanto a mí, detrás de los altos muros que rodean mi mansión de París —mi prisión dorada, como dice Abdel—, al abrigo de la necesidad por mi fortuna, formo parte de los «extraterrestres»; nada puede alcanzarme. Mi parálisis total y la falta de sensibilidad me impiden tocar cualquier cosa; hasta tal punto les espanta mi estado que la gente procura no rozarme, y basta con tocarme el hombro para desencadenar terribles dolores.

Así pues, «intocables».

Y ahora me enfrento a un desafío insensato: rememorar ese pasado.

Se impone una evidencia: ¡no me acuerdo de él! Muy al principio atribuí esto a la ausencia de Abdel, mi cuidador. Si reflexiono, es algo más grave. Aparte de algunos episodios mal situados en el tiempo, mi memoria se niega a recordar. El recuerdo es un lujo de los pudientes saludables. La memoria de un menesteroso o un enfermo se de-

tiene en el presente, en la dificultad de procurarse su alimento o su supervivencia. La magdalena de Proust sólo puede ser una fijación de un dandy de la buena sociedad.

Desde 1998 hasta 2001, cuando redactaba *El nuevo aliento*, atezado por la congoja de la muerte reciente de Béatrice y los dolores neurológicos,<sup>1</sup> experimento ya la dificultad de ensamblar los instantes de mi pasado. El sufrimiento aniquila la memoria. Las personas sanas envejecen acumulando las historias y los remordimientos; yo estoy privado de todo recuerdo.

Una autobiografía está ya constelada de olvidos y mentiras, deliberadas o por omisión; contar la historia de otro –en este caso Abdel– sólo puede dar «una impresión del otro», un punteado con numerosos blancos.

¿Cómo pretender que el aristócrata bien educado que se supone que soy, respetuoso de ciertos principios, pueda expresarse en lugar de un Abdel, en la época insurrecta y hostil a toda norma? Lo único a mi alcance es referir los acontecimientos, intentar analizarlos. Una parte de su verdad se me escapa; Omar Sy –que le interpreta en la pantalla– se acerca más a ella con mayor soltura.

Quería escribir un libro que no fuese un simple entretenimiento.

No quería hacer un retrato «realista» de la desventura, con su dosis de resentimientos y de buenos sentimientos

1. Alrededor de una tercera parte de los tetrapléjicos sufren desarreglos neurológicos que se traducen en quemaduras fantasmas, más o menos intensas según los individuos, sus condiciones y los factores climáticos. Yo he ganado el premio gordo: desde hace cerca de veinte años, oscilo sin interrupción en la escala de dolor entre 6 y 9,5/10. ¡En el 10 ya no eres de este mundo!

que rayan en la condescendencia. Y tampoco de optimismo obligatorio, mentira irrisoria.

Estos veinte años de proximidad con el mundo de los excluidos han agudizado mi visión de la sociedad y sus males, y me incitan a compartir algunos remedios que se han vuelto evidentes para mí.

Gracias al demonio de la guarda –alias Abdel– recupero el humor que poseía antes de los dramas. La película *Intocable* se desarrolla con un tempo de ligereza y carcajadas; conservo cierta gravedad irreductible. La actuación de François Cluzet la tornará perceptible.

Éric y Olivier, los realizadores, Nicolas Duval Adassovsky, su productor, y Frédéric Boyer, mi editor, cedieron generosos derechos de autor a la asociación Simon de Cyrène,<sup>1</sup> que yo presidí durante mucho tiempo, cuya finalidad es crear lugares de vida en común para adultos discapacitados y amigos. Vaya mi gratitud para ellos.

Agradezco asimismo a Émeline Gabaut, Manel Halib y a nuestra hija Sabah, que me han permitido «volver a empuñar» la pluma y sin cuya ayuda este libro no hubiera existido. Gracias también a Soune Wade, Michel Orcel, Michel-Henri Bocara, Yves y Chantal Ballu, Max y Marie-Odile Lechevalier y Thierry Verley, por su pertinente relectura.

1. Envíen sus donativos a Simon de Cyrène: 12 rue de Martignac, 75007 París. Tel.: 01 82 83 52 33. [www.simondecyrene.org](http://www.simondecyrene.org).

Libro primero  
El nuevo aliento

## MEMORIAS LIBERADAS

¿Hay que partir de hoy, triste día, rememorar el pasado con nostalgia, lamentarse de un porvenir sin esperanza? No puedo apreciar el pasado ni proyectarme en el futuro. Todo está en el instante.

La línea de fractura de mis huesos, de mi respiración, podría ser el día del accidente. El 23 de junio de 1993 entré en la parálisis.

El 3 de mayo de 1996, día de San Felipe, murió Béatrice.

Ya no tengo pasado, no tengo futuro, soy un dolor presente. Béatrice tampoco tiene ya pasado ni futuro, es una pesadumbre presente. Sin embargo, hay un futuro, el de nuestros dos hijos, Laetitia y Robert-Jean.

Hasta el accidente yo era un hombre en el mundo, afanoso de crear, de estampar mi marca en el curso de las cosas.

Después del accidente me asaltan los pensamientos. Después de la muerte de Béatrice, los dolores.

Estos escombros me devolvieron a la memoria recuerdos de una negra opacidad. En mis noches de café, quemaduras de la invalidez y del duelo han empañado esas imágenes.

En el fondo de mí mismo he recobrado el reflejo de los ausentes. Mis silencios hicieron resurgir momentos de dicha olvidados. Mi vida se desarrolla por sí misma en una sucesión de imágenes.

Los primeros meses, una traqueotomía me dejaba mudo. Un amigo me había instalado una pantalla informática y la había conectado con un mando colocado debajo de mi cabeza. El alfabeto desfilaba por la pantalla; si detenía el cursor, aparecía una letra. Poco a poco, esas letras formaban una palabra, una frase, media página. La elección de las palabras y este esfuerzo extenuante fueron deliciosos; no tenía derecho a cometer errores. El peso de cada letra anclaba más profundamente la frase; yo saboreaba la exactitud.

Hubo aquel camarada de combate cuyos guiños fueron la pluma y que murió en el punto final.<sup>1</sup>

Me estrangulan las palabras cuando pienso en los que han muerto sin hablar, sin testimoniar, sin esperar, en su soledad.

Por la noche, tendido en mi cama, duermo mal. Estoy paralítico. Más tarde me colocaron un magnetófono enci-

1. J.-D. Bauby, *Le scaphandre et le papillon*, Pocket, 1998 [trad. esp.: *La escafandra y la mariposa*, Plaza & Janés Editores, 1998].

ma del vientre. Se detiene cuando ya no oye nada –o cuando quiere– y sólo vuelve a ponerse en marcha después de la primera palabra. Nunca sé si me ha grabado. Y a menudo estoy parado.

Es arduo decir sin una página blanca, sin lápiz para tachar, no estar sentado a una mesa, delante de una hoja, con la frente apoyada en la mano izquierda, no poder desfogarse sobre esta hoja ennegrecida, arrugada. Sólo una voz casi desaparecida se graba en una cinta magnética, sin retorno, sin tachadura. Instantánea de una memoria vacilante.

He perdido el hilo, es de noche y sufro. Mi cabeza se hunde entre mis hombros. La parte superior del hombro derecho me da punzadas como una puñalada. Estoy obligado a frenarme. El gato, Fa Sostenido, se divierte moviéndose por mi cuerpo que vibra, se arquea como si implorase al cielo. Me desplomo, temblando a causa de las contracturas. El gato se burla de este cuerpo, pasa en él toda la noche: necesita que mis sobresaltos le hagan sentirse vivo.

Desde lo alto de mis hombros hasta la extremidad de mis miembros arde un fuego continuo que con excesiva frecuencia se amplifica. Puedo decir si mañana hará bueno o si, por el contrario, tendremos lluvia, como presagia la quemazón de mi cuerpo. Siento intensamente una mordedura en las manos, las nalgas, a lo largo de los muslos, alrededor de las rodillas, en la parte baja de las pantorrillas.

Me despedazan, con ánimo de aliviarme. Pero el dolor persiste. Le llaman «dolor fantasma». Fantasma de... ¡mis cojones! Lloro, no de tristeza sino de dolor. Espero que las lágrimas me apacigüen. Aguardo el aturdimiento.

Por la noche, a la luz de las velas, nos amábamos entre cuchicheos. Ella se dormía tarde en el hueco de mi cuello. Le sigo hablando aún, sin eco.

A veces, enfermo de soledad, recorro a Flavia, una estudiante de cine. Tiene una gran sonrisa, una boca suntuosa, interrogante la ceja izquierda.

A contraluz, con un vestido azul largo y ligero, ignora que está descubierta, que las curvas de sus veintisiete años todavía pueden emocionar a un fantasma. Se lo dicto todo, no tengo pudor, ella es transparente.

El gato reconquista su lugar sobre mi vientre. Cuando se vuelve mi cuerpo se atiesa, como sublevado por la presencia de este animal, la ausencia de Béatrice y este sufrimiento incesante.

Debo, sin embargo, hablar de los buenos momentos, debo sin embargo olvidar que sufro.

Me gustaría empezar por los últimos instantes, final previsible y a veces deseado, que me reunirían con Béatrice. Dejo a quienes amo para reencontrar a la que tanto amé. Aunque su paraíso no exista ya, sé que está allí porque creía en él y porque lo quiero. Aquí estamos, aliviados de nuestros sufrimientos, enlazados en un impulso amortiguado, con los ojos cerrados para toda la eternidad; los cabellos rubios de Béatrice tiemblan con un susurro de alas sedosas.

Béatrice que estás en los cielos, sálvame.